



Hablamos con el Señor sábado, 30 noviembre

Rezar la señal de la cruz

En el nombre del Padre,
 que nos ha creado,
 y que nos ama,
 y que nos guarda por la eternidad,
 y del Hijo,
 en quien Dios se entrega
 para salvar mi vida y mi cuerpo,
 al mundo y su sufrimiento, hasta los infiernos,
 y del Espíritu Santo,
 en la unidad del Padre y del Hijo,
 que nos consuela y nos guía,
 que nos une los unos a los otros y con él,
 en el poder de su resurrección.

Ilumina mi espíritu,
 mis pensamientos,
 mi inteligencia y mi razón,
 y alumbrá mi mirada,
 llena mi cuerpo
 con tu santa presencia,
 despierta en mí las fuerzas de tu creación,
 y del Espíritu Santo, del que es la morada,
 guía mis manos
 para que sean libres
 por la mano de Dios que tú le tiendes,
 y para la obra que tú me confías.

Para que todo lo que soy, y todo lo que tengo,
 todo lo que hago, y todo lo que deseo,
 sea ofrecido por ti, y en tu nombre,
 para gloria tuya, y salvación de los hombres.
 Amén.

Deja hablar a Dios.

Orar significa también escuchar la voz de Dios.

Las palabras más claras de Dios son las de la Sagrada Escritura que la Iglesia anuncia cada día en la Eucaristía..

Habla también Dios a través de la tradición de la Iglesia y del testimonio de los santos.

Habla también –a menudo de manera oculta– en el corazón de cada persona, por ejemplo, a través del juicio de tu conciencia o a través de una alegría profunda.

La palabra de Dios en la Escritura hace audible la palabra de Dios en el corazón, y le da una voz.

Habla Dios también en la vida de los otros con quien convivo. ¿qué me piden? ¿qué esperan de mi?

Habla Dios en su Iglesia ... ¿Cómo vivir para que la Iglesia lo que Jesús hace de ella: el lugar de la salvación de Dios?

Habla Dios en mi vida... mis tristezas, mis alegrías... mi esperanza... mis cansancios...

Deja que Dios tome la palabra cuando oras. Familiarízate con ella, estate atento a ella para ser capaz de distinguir su voz entre las demás voces, y aprende a reconocer su voluntad.

Nos lamentamos porque Dios no se manifiesta en los minutos que le consagramos.

Pero ¿qué ocurre con las veintitrés horas y media en que Dios llama a nuestra puerta y en las que nosotros le respondemos: «Lo siento, tengo mucho que hacer»?

¿Estoy escuchando cada día al Señor?

¿Le dejo hablarme?

¿Dónde me está hablando?

Señor, Tú me conoces

Señor, tú me sondeas y me conoces.
 Me conoces cuando me siento o me levanto,
 de lejos penetras mis pensamientos;
 distingues mi camino y mi descanso,
 todas mis sendas te son familiares.
 No ha llegado la palabra a mi lengua,
 y ya, Señor, te la sabes toda.
 Me estrechas detrás y delante,
 me cubres con tu palma.
 Tanto saber me sobrepasa,
 es sublime y no lo abarco. [...]
 Tú has creado mis entrañas,
 me has tejido en el seno materno.
 Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente,
 porque son admirables tus obras:
 mi alma lo reconoce agradecida. [...]
 tus ojos veían mi ser aún informe,
 todos mis días estaban escritos en tu libro,
 estaban calculados antes de que llegase el primero. [...]
 Sondéame, oh Dios, y conoce mi corazón,
 ponme a prueba y conoce mis sentimientos,
 mira si mi camino se desvía,
 guíame por el camino eterno.

SALMO 138 (hebreo 139)

¡¡ Señor, estoy en tus manos, gracias!!

Y te busco siempre

Nos has hecho para ti
 y nuestro corazón está inquieto
 hasta que descanse en ti.
 Tuya es la luz del día,
 tuyas las tinieblas de la noche.
 Tuya la vida, tuya la muerte.
 Concédeme dormir en paz,
 bendice el día que ha de venir,
 y concédeme despertar para celebrar tu gloria.

SAN AGUSTÍN

¡¡ Señor, te estoy buscando siempre!!

Y hoy te pido que me des tu luz para vivir de tu verdad

Dios mío,
 no hago lo que quiero,
 y hago lo que no quiero.
 Dejo todo para después, no consigo decidirme.
 Cada vez, es demasiado tarde, y está ya decidido,
 sin que haya decidido yo mismo.
 No dirijo mi vida, sino que me dejo llevar como atado a una correa
 y no sé por quién, ni dónde me llevan.

Te pido que me concedas, tu Espíritu Santo,
 tu luz para discernir:

Lo esencial	de lo secundario
el bien	del mal,
la verdad	de la mentira,
lo verdadero	de lo falso,
la sensación	del sentimiento,
a ti, Dios mío	del “Dios” que me fabrico,
tu voz	de las otras voces,
tu gloria	de la pompa del “adversario” (satanás),
lo que sirve a tu reino	de lo que lo obstaculiza,
lo que me une a ti	de lo que separa de ti,
lo que poseo	de lo que me posee,
tu juicio	de mi propia apreciación,
tu misericordia	de todo lo que me disminuye
tu constancia del endurecimiento	de mi corazón,
lo imperecedero	de lo perecedero,
lo último	de lo anteúltimo,
el cielo que tú me das	del que yo me fabrico.

Haz que rechace las voces que quieren hacerme creer que no se puede distinguir una entre las demás.

Concédeme la buena voluntad y la capacidad,
 la fuerza, la confianza y la fidelidad,
 de decidirme bien, y de hacer la opción
 de la misión que tú me has confiado,
 que, con los míos, nos conduce hacia ti todo recto.
 Amén.